

## Las voces de *Los territorios de Gabriela*

Por Alida Mayne-Nicholls

Hace unos días, mi hija Rosario de seis años vio en Instagram la invitación a esta presentación, y me dijo: “mira, ese es nuestro libro”. Seguramente se acordaba cuando bajamos a encontrarnos con Andrea que nos había llevado el libro y cómo Andrea habló de que lo leyéramos juntas. Yo lo veo también como una muestra de que el trabajo que Andrea y Luz Valeria hicieron en este libro es un trabajo de amor y uno muy bien enfocado, porque sin ningún esfuerzo adicional, Rosario supo que ese libro estaba dirigido también a ella. Días después cuando Rosario me descubrió leyéndolo sola para preparar estas palabras, me tiró las orejas: “¿Estás leyéndolo sin mí?”. Aunque las circunstancias me llevaron a leerlo sola, *Los territorios de Gabriela* no tiene que ver con la soledad, sino que es un libro que construye una experiencia social. Y lo es desde la forma en que las voces se conectan, por eso en estas palabras que he escrito, quiero contarles acerca de las voces que se entretajan en estos territorios.

La primera voz, la principal, es la de Gabriela Mistral, que se hace presente a través de una pequeña, pero poderosa, selección de poemas en que la naturaleza vibra: “En tierras blancas de sed”, “La chinchilla”, “Camino hacia Montegrande”, “Palmas de Ocoa”, “Boldo”, “Maitén”, “Garzas” y “Frutillar”. En cierta forma es una versión condensada de *Poema de Chile*, porque nos conduce con intensidad por el recorrido de Chile en el que Mistral trabajó por tantos años. Se siente el ardor en la piel en las primeras páginas, lo que es reforzado por la elección de un poema largo, pero también se siente el olor de los espinos y el sabor del fruto del chañar. Esta naturaleza vibrante que Mistral fue capaz de transformar en versos representa un viaje fuertemente marcado por lo sensorial. El tacto siente el sol de las zonas desérticas y también la suavidad de las

chinchillas; las páginas se llenan del aroma de boldos y frutillas; y las páginas parecen alargarse mientras los ojos tratan de llegar a las coronas de las palmas.

Ese viaje no es solo gracias a las palabras de Mistral, sino a las otras voces de este libro, que nos recuerdan que la ciencia y la poesía no pertenecen a dominios herméticamente apartados el uno del otro. Luz Valeria nos abre los ojos y nos permite descubrir nuevas capas de lectura al introducirnos en la vida íntima de las distintas especies que encontramos en los poemas; no se trata de entradas como de enciclopedia, sino de relatos en que los lectores estamos siendo involucrados constantemente y en que el conocimiento sobre la naturaleza tiene que ver con la experiencia cotidiana de la vida; diría incluso con la experiencia sabrosa de la vida; cómo explicarles los profundos deseos de darle un mordisco a un buen pedazo de queso de cabra, o de saborear una rica maicena con miel de palma y terminar el banquete con una rica y necesaria agüita de boldo a medida que seguía leyendo.

Luego se suma la voz de Andrea al invitarnos a comprender los poemas. Nuevamente los lectores somos parte de la experiencia, por ejemplo, a través de preguntas que nos llevan a volver a los versos y a hacernos nuestras propias ideas sobre ellos. Las interpretaciones de los poemas no son cerradas, sino que promueven que las completemos con nuestras propias lecturas; no está de más decir que, a medida que leía, incluía mensajes y marcas de nuevas ideas que se me fueron ocurriendo.

También está la voz de las ilustraciones de María Soledad Sairafi, las que complementan esta lectura que tiene que ver con los sentidos. Un libro ilustrado no es simplemente más bello (aunque este sin duda lo es), sino que las ilustraciones también comunican. Destaco, por ejemplo, ese despliegue a dos páginas de Gabriela, el niño y el huemul acostados bajo el boldo que nos lleva a la noche, a una sensación de descanso, porque “aquí se duerme sin pena” bajo “la ancha noche estrellada” (p. 36). Para quienes todavía no leen y solo reconocen algunas letras, las ilustraciones

les permiten leer también los poemas. En este sentido, los códigos QR que nos llevan a las grabaciones de todos los textos en Soundcloud constituyen tanto un complemento como una entrada más, cosa de que nadie se quede fuera del recorrido por el Chile mistraliano.

Y por último están nuestras voces, las de los lectores, las de los comentarios que vamos haciendo —en nuestras cabezas, dejando notas adhesivas con anotaciones en las páginas o en la conversación de esa lectura de a dos, de madre e hija, en mi caso.

Tanto la exploración de los territorios en los que se ubican los poemas como la exploración de las palabras e imágenes de Mistral se insertan en un esfuerzo ecopedagógico que no parece esfuerzo en absoluto. El recorrido verbal, visual, auditivo, sensorial, se va trenzando de manera armónica. Leemos a Mistral, aprendemos sobre ella, sobre Chile, sobre esa naturaleza vibrante, incluso sobre cómo analizar poesía sin utilizar un lenguaje didáctico facilista, sino buscando conformar un diálogo. Y como mi entrada de estudio a los poemas de Mistral son las rondas, diría que Mistral, Luz Valeria y Andrea lo que hacen es invitarnos a participar de una ronda de palabras, ideas, conocimientos. Las rondas están siempre en movimiento, igual que este libro y el pasar de las páginas. Y tal como en las rondas de Mistral, después de bailar estos territorios de Gabriela no somos los mismos.

Gracias, entonces, a Andrea y Luz Valeria, por invitarme a ser parte también de esta ronda hoy con esta presentación.